

***Giraudó, Laura, Rincones dantescos. Enfermedad, etnografía e indigenismo: Oaxaca y Chiapas, 1925-1954. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Colección De Acá y de Allá. Fuentes Etnográficas, nº 26, 2023, pp. 351***

Eva Sanz Jara

UNIVERSIDAD DE SEVILLA, ESPAÑA

Laura Giraudó, es, sin duda, una autora de referencia en el campo de conocimiento del indigenismo. Y este libro es precisamente esto: un trabajo sobre indigenismo. Sin embargo, al mismo tiempo, se trata de una publicación que resulta, desde mi punto de vista, excepcional en el conjunto de publicaciones de su autora. Lo anterior se explica porque, por un lado, esta obra se inserta perfectamente en la temática de especialización de Giraudó: el indigenismo interamericano, y en el presupuesto general que guía en la actualidad esta investigación, el cuestionamiento de la heterogeneidad americana, en alusión al carácter construido de la identidad en general y de la heterogeneidad identitaria, supuestamente característica del continente americano, en particular. Y, por otra parte, de alguna manera, la obra marca una línea tangencial en esta investigación: porque aunque el indigenismo es el escenario donde se desenvuelve todo lo descrito en ella, esta no lo trata explícitamente; no estamos ante una reflexión sobre el ámbito indigenista, como es habitual en la mayoría de las producciones científicas de la autora. Nos encontramos, por lo dicho, ante un libro que marca la madurez, la concreción, en una carrera investigadora siempre dedicada al indigenismo, y concretamente a la investigación metodológicamente basada en archivos sobre éste, y ahora dedicada a un tema mucho más específico y en inicio

alejado de las ciencias sociales, como es la medicina, aunque el uso de documentación de archivo como fuente fundamental se mantiene.

En otro orden de cosas, este es un libro con un magnífico inicio: una impresionante fotografía en la portada, que, al tiempo que es una fantástica presentación, genera muy altas expectativas. Al principio, una breve pero acertada introducción expone y justifica el porqué de la obra. En ella se explica que la temática, la investigación, no fue buscada, sino que casi encontró a la autora. Se trata, de hecho, de una temática no muy usual en las ciencias sociales y humanas. Además, narra Laura Giraudó, que se trata de un tema que ha redefinido su investigación sobre el campo del indigenismo. Y la temática merecedora de tan prometedor párrafo introductorio no es otra que una enfermedad: la oncocercosis, que, según una idea muy extendida, es una “patología indígena”. Esta idea va a recorrer todo el libro, casi podría decirse que lo vertebró, porque en ella se plasma la vinculación, sobre la que la obra se construye, entre esta enfermedad y el indigenismo. La oncocercosis supuso para la autora la concreción en un caso tangible de la elaboración de cuestionables relatos hegemónicos acerca de “lo indígena” y “los indígenas”.

En relación con lo dicho, la historia de la ciencia, particularmente de la medicina, es una de las disciplinas en las que el libro puede enmarcarse. No obstante, desde el título se prometen otras, como la etnografía. En la época que la obra recorre, los años que transcurren entre la mitad de las décadas de 1920 y 1950, el conocimiento científico sobre la oncocercosis es todavía escaso. Este es el primer espacio disciplinar en que habita la obra: el de la medicina, las descripciones clínicas y el trabajo de médicos e instituciones sanitarias en el campo de la oncocercosis. Pero no es el único. El segundo es el de la antropología. Y no están ni mucho menos aislados, sino que confluyen en las narraciones etnográficas sobre los pueblos oaxaqueños y chiapanecos afectados por la enfermedad, permeadas por la información médica, que tiende, señala Giraudó, a “reforzar estigmatizaciones”. Se desprende de todo lo dicho, el “potencial etnográfico de los estudios médicos”, en palabras textuales de la autora. Como derivación de ello, resulta lógico que los textos médicos sean analizados en el libro como narrativas etnográficas. Habría que añadir, para que el panorama sea completo, que no se trata de algo secundario, sino que la oncocercosis fue de interés prioritario para el indigenismo. De hecho, el Instituto Indigenista Interamericano le dedicó a esta enfermedad, considerada endémica de regiones indígenas, uno de sus primeros proyectos.

Dos preocupaciones, entrelazadas, guían la obra. Por un lado, la manera en que se conforman asociaciones entre enfermedades y adscripción “étnico-racial”; y, por otro, las vinculaciones entre definición, geográfica, social o étnica de la enfermedad y los relatos sobre su origen, modos de propagación y formas de

tratamiento. Para hacerse cargo de estas preocupaciones, el libro se divide en dos partes, una de explicación de la enfermedad y otra en la que se aportan testimonios y narrativas sobre la misma. La primera inicia con la presentación de la oncocercosis propiamente americana; le siguen relatos sobre los orígenes de la dolencia; a continuación, un apartado que aborda las prácticas; después, el tratamiento de las expediciones para el diagnóstico a Oaxaca, Chiapas y más allá; y, finalmente, cierra esta primera sección la “aproximación indigenista” al mal.

Empieza la primera parte con “La “enfermedad de las incógnitas”: la oncocercosis americana”. En este apartado, se presenta la enfermedad, su origen, los primeros casos americanos, sus síntomas, sus transmisores, las zonas cafetaleras en las que prolifera y se señala su adscripción desde el inicio a la población indígena, si bien se trata de una idea que los casos no evidencian. De este modo, las enfermedades padecidas, constituirían un elemento de estigmatización por su vinculación con lo indígena. A continuación, “Negros” e “indígenas”, África y América: relatos de origen” aborda las hipótesis prevalentes durante mucho tiempo acerca del origen africano de la enfermedad, que habría pasado de los esclavos africanos a Guatemala y de ahí a México. Esto no estaba probado, como tampoco lo estaba que se tratara de una enfermedad que afectara específicamente a los indígenas. Se arguyó en este sentido, la existencia de otras enfermedades que debilitaban a los indígenas y que facilitaban la transmisión, la poca higiene y el alcoholismo. Así, la oncocercosis quedó como una enfermedad “de los indígenas” o “endémica en regiones indígenas”. Después, “Prácticas: investigación, experimentación y tratamiento”, plantea la interesante idea de la “frontera borrosa entre la investigación y el tratamiento” en el ámbito médico relacionado con la oncocercosis. No queda claro el límite entre experimentación con seres humanos y tratamiento, ni tampoco cómo se lograba que éstos colaboraran. Además, ningún tratamiento, ni la extirpación de nódulos, ni la inoculación de diferentes compuestos medicamentosos, parecía ser completamente efectivo contra la enfermedad. Tras ello, “Expediciones y diagnósticos: Oaxaca, Chiapas y más allá de las fronteras” aborda los “saberes entrecruzados” entre la medicina y la etnografía en las expediciones, los diagnósticos y los relatos. En ellos, “los observados” aparecen como “desprovistos de agencia”. Se establece asimismo una clara relación entre la enfermedad y el atraso, expresada en el lenguaje del higienismo y el positivismo en los años 20 y en el del desarrollo y la modernización en los 40. Por último, en “La “aproximación indigenista”: expertos, exploraciones y creencias” se explica cómo, ya en la década de 1940, la oncocercosis entra en el ámbito de las preocupaciones del indigenismo, aunque la relación entre la enfermedad y los indígenas venía, como hemos observado, de bastante atrás. En todo caso, en el Congreso de Pátzcuaro de 1940 está ya presente la oncocercosis. El capítulo se ocupa de esta aproximación

indigenista a la oncocercosis, y de cómo, ya en Pátzcuaro, se plasmó la típica ambivalencia indigenista, con la complicada convivencia de dos ideas características del movimiento, la de cambio y mejora de las condiciones de vida de los indígenas, que pasaban inevitablemente por cierto grado de abandono de sus rasgos, con el afán de conservación de algunos de sus caracteres. De esta misma manera, se combina, difícilmente, la introducción de la modernización sanitaria para paliar la enfermedad con la valoración del conocimiento indígena sobre la curación, basada en la supuesta comunión del indio con la naturaleza. Asimismo, se recomienda el “conocimiento indigenista”, antropológico, para “vencer las resistencias de los indígenas” a los tratamientos.

La segunda parte, que aborda los testimonios y narrativas acerca de la oncocercosis, sigue el orden cronológico de las producciones sobre la enfermedad entre las fechas de 1925 y 1954. El período se subdivide en tres subsecciones, las primeras apariciones, a partir de 1925, la parte central y la última, hasta 1954. En estas tres etapas se producen disyuntivas en el modo de considerar la oncocercosis. En la primera la duda está entre si concebirla como enfermedad exótica o endémica indígena, y para nutrir la discusión se aportan artículos y contribuciones a congresos de relevantes indigenistas sobre el tema; en la segunda la disyuntiva es entre patología social o indígena, y se aportan como fuentes fotografías y artículos de prensa que giran en torno a la oncocercosis; por último, en la tercera etapa, la consideración varía de enfermedad indígena a problema social y patología profesional, y, además de fotografías adicionales, entre las que se encuentra la de la portada, se añaden como fuentes un proyecto de estudio etnográfico del Instituto Indigenista Interamericano en zonas afectadas por la oncocercosis y cuestionarios aplicados a las poblaciones de esas zonas. Llegados a este punto, es necesario destacar la rica y valiosa recopilación de fuentes de muy variada índole en este segundo apartado.

Cierra el libro un epílogo, Retratos y relatos. Lugares, gente y enfermedad, que comienza afirmando: “Hemos cubierto un largo e intenso itinerario por esos parajes mexicanos” (p. 319), los “rincones dantescos” que dan título a la obra. No es, advierte la autora, una conclusión, sino una recopilación de ideas sobre la enfermedad que, al mismo tiempo, lo son sobre la “indianidad”.

Y, a propósito de la indianidad, retoma Giraudo sus trabajos previos, para vincularlos con el presente. En este sentido, afirma que, en la década de 1940, el movimiento indigenista continental consolidó un imaginario, que venía de muy atrás, del siglo XVIII, y que había sido reelaborado en el XIX y los inicios del XX, sobre un “indio genérico, singular y abstracto” que, además, se encontraba en perfecta “simbiosis con el paisaje”, mostrando los efectos del medio ambiente circundante en su cuerpo. Un indígena homogéneo y en comunión con la naturaleza que aparece claramente a lo largo del libro, en las fuentes de la época

abordada. Por ejemplo, en la tendencia a igualar zonas tan distintas como Oaxaca y Chiapas. Homogeneización que no se sostiene con las descripciones ofrecidas, con las realidades enfrentadas. Realidades que, en esta y otras cuestiones en el transcurso del libro, muestran lo contrario a lo que se enuncia por parte de los indigenistas, lo que es muy llamativo y constituye uno de los aspectos más destacables de la obra.

Retornando a la naturaleza, a los paisajes, impresionantes, calificados a veces como horrendos -infiernos- y otras como maravillosos -paraísos-, y siempre inaccesibles y por ello desconocidos, constituyen, explica la autora, el punto de partida de la descripción de la enfermedad. Y a partir de ahí, se describe a las personas enfermas y a las poblaciones que conforman. Y este paisaje también se vincula con el más amplio campo de estudio del indigenismo, porque, explica Laura Giraudó, es tarea prioritaria de los gobiernos mexicanos posteriores a la Revolución acortar las distancias entre el centro de México y sus confines, a través del conocimiento de estos, que en gran medida se llevaba a cabo mediante la etnografía. Y en estos paisajes se ubican los “rincones dantescos” que dan título al libro, donde habitan “seres sucios, tristes, indiferentes a la vida, moviéndose en las tinieblas, aislados en una geografía extrema y accidentada”, tal como elocuentemente se describen siguiendo las pautas de la época, en una fusión completa entre las poblaciones indígenas, la enfermedad y la naturaleza, entre características físicas y morales. Y, en relación con ello, un debate recorre el período estudiado, acerca de la oncocercosis, su contagio y las prácticas terapéuticas apropiadas, que nunca se resuelve del todo y en el cual está presente la culpabilización de las poblaciones indígenas, por sus costumbres tradicionales, que supuestamente hacen más fácil el contagio o provocan que se planteen resistencias a los tratamientos. Lo indígena, entonces, se asimila con la enfermedad, que es de esta manera cooptada por el indigenismo, incluso cuando pasó de ser considerada “enfermedad indígena” a “enfermedad profesional” de los cafetaleros.

Concluye el libro con varios apartados que resultan de suma utilidad en un volumen amplio como el presente. Además de, claro está, la bibliografía, se incluye una cronología y varios índices, de cuadros, figuras, mapas, personas, entidades y toponímico. Estas partes finales son muestra del cuidado y esmero que la autora ha puesto en la elaboración del trabajo y, además, resultan verdaderamente muy útiles teniendo en consideración la gran cantidad de información contenida en la obra y su compleja estructura. De hecho, en este sentido, podría afirmarse que el libro entraña cierta paradoja, porque aborda una temática relativamente simple, la enfermedad de la oncocercosis, pero lo hace de una manera bastante compleja, por la abundancia y variedad de fuentes, aspectos y enfoques que reúne.

Para terminar sucintamente, estamos ante una obra que, en la confluencia del indigenismo con la medicina, y por tanto enmarcada disciplinariamente en la antropología, en la historia de la ciencia y sobre todo en la etnohistoria, muestra debates diversos sobre la enfermedad, las poblaciones que la sufren y los territorios donde se propaga, caracterizados por las incertidumbres, los ensayos no exitosos y los estereotipos. Destacan en ella el esmero, el rigor y la riqueza de información empleados para guiarnos por una visita muy vívida por los “desconocidos rincones dantescos” del México de las décadas centrales del siglo XX.